

292

RECIBIDA 18 FEB 1993

**LA CINCHONA ANTES Y DESPUES DEL VIRREINATO DEL CONDE DE CHINCHON**

Por: Fernando I. Ortiz Crespo, Ph.D.  
Secretario Técnico Científico  
Instituto Italo Latino Americano  
26, Piazza G. Marconi  
00144 Roma, Italia / Fax 0039-6-591-4923

**ENGLISH SUMMARY**

This paper examines two of the best modern reviews of the history of Quina Bark, those by A. W. Haggis (1941) and Francisco Guerra (1977), to show that several contentious issues remain on its discovery and diffusion. The references given by these authors and other sources are used to compile a list of the early literature and to emphasize some important milestones in the diffusion of the febrifuge in XVII Century Europe. It is noted that almost one century earlier the Spanish authors Juan Fragoso and Nicolas Monardes published twin accounts on a medicinal bark from a tree they chose not to name. They said, however, that the tree was from the New World and described the remedy in terms suggestive of Quina Bark; in the first place, the mode of preparation and administration is close to that recorded by the earliest *bona fide* Cinchona chroniclers; secondly, the tree's leaf shape and the bark's texture, flavour and colour agree with Cinchona traits; thirdly, the salutary tree is described in separate paragraphs relative to the sections on other plants with which Quina Bark was later confused; and, lastly, these authors' avowal that the tree bears no fruit is also found in Sebastiano Bado's classical account on the bark, honoured by Linnaeus when he named the plant Cinchona. The purported lack of fruit was explained by the French savant La Condamine, the first European to study the plant in the field. Fragoso and Monardes said that the Indians held the remedy in high esteem and that the Spaniards learned its use from them. If the mystery tree of these early writers was indeed Cinchona, then Quina Bark was part of pre-Columbian indigenous medicinal lore and must have reached Spain soon after the first regular trans-Atlantic contacts, when its salutary properties were still ill-defined.



RECIBIDO 20 SEP 1993

## INTRODUCCION

Un episodio a la vez trascendental y oscuro de la historia de la medicina es el ingreso de la Quina en la farmacéutica moderna. La dificultad secular de aclarar este capítulo es tanto más incómoda cuanto que, en términos de vidas humanas salvadas, la Quina ha sido probablemente el remedio natural más benéfico de la farmacopea mundial. Para aclarar elementos de esta saga, el presente artículo (I) trata de extraer datos firmes en base a una compilación de las referencias más tempranas, (II) examina las opiniones modernas más autorizadas sobre la evidencia historiográfica, (III) enfatiza los conflictos de interpretación aun no resueltos, (IV) llama la atención a dos aportes olvidados muy anteriores a las fuentes habitualmente citadas, y (V) arguye que tales aportes favorecen la hipótesis de que la Quina era conocida por los indios de los Andes en tiempos anteriores a la Conquista y que, aunque comenzó a ser enviada a Europa poco tiempo después, su acción febrífuga fue redescubierta y se difundió en el S. XVII.

## FECHAS Y LUGARES IMPORTANTES EN LA DIFUSION DE LA QUINA

Para fijar hitos confiables en esta saga, las obras de Haggis (1941)<sup>1</sup> y Guerra (1977)<sup>2</sup> -- los más sólidos aportes europeos en los últimos sesenta años y a los que se debe referir el lector que desee más información -- dan como las fuentes más tempranas las obras de Calancha (1638), Heyden (1643/45), Castelli (1653/4), Chifflet (1653), Fabri (1653), Cobo (1653), Plempius (1655), Bado (1656), Sturm (1659), Brunacio (1661), Caldera (1663), Rothmann (1663), Bado (1663) y Amman (1663). El opúsculo de Pedro Barba, "*Vera Praxis ad Curationem Tertianae*" de 1642, citado por muchísimos autores en este contexto, según Haggis y Guerra sólo habla de sangrías y purgas sin mencionar para nada la corteza medicinal, por lo que no tiene importancia.

Haggis (p. 443, nota 1) dice que la *Scheda* de 1651, hoja posológica que se expedía con la Quina en la farmacia del Colegio Romano de los jesuitas, es "*the earliest known printed document relating to Cinchona*", pero después (p. 587) añade: "*The earliest mention in European literature of the use of Cinchona occurs in Belgium, in Herman van der Heyden's work in 1643*". Además, también reconoce el temprano testimonio de Calancha, que completó su crónica a más tardar en 1633 cuando logró el '*Imprimatur*' en Lima. De estas referencias podemos deducir que la Quina fue conocida en el Perú antes de 1633, en Bélgica a más tardar en 1643 y en Roma antes de 1651. A esta última ciudad llegó regularmente desde 1647, pues así lo atestigua una carta del farmacista del Colegio Romano, Paolo Puccerini, reproducida en el famoso libro sobre la Quina del médico genovés Sebastiano Bado (1663)<sup>3</sup> ("*fons prima*" del episodio de la curación de la Condesa de Chinchón con la corteza, al que volveremos más adelante).

No es tan fácil establecer cuando el fármaco hizo su aparición documental en España. Bado recapitula la documentación precedente anotando las publicaciones de Bartholinus, Bravo, Brunaccius, Caldera, Chifflet, Fabri (como '*Antymus Conygius*'), Jonston, Nardius, Plempius, Sturm, y Van Honte (por desgracia, sin fecha de edición). La mayoría de estos nombres coinciden con los estudiados por Haggis y Guerra, pero amerita una mención



especial el médico y profesor vallisoletano Gaspar Bravo. Según Guerra fue Bravo la fuente de la noticia de que el uso de la Quina en España se debió a los esfuerzos del médico del Conde de Chinchón, Juan de Vega. Bado, que también cita a Bravo, no nombra a Vega, pero tal omisión se explicaría porque Bado se refiere a "*Resolutionem medicarum ...*" (abreviada RM) de Bravo gracias a una edición sin fecha pero obviamente anterior a 1663, mientras que Guerra cita "*Disputatio Apologetica ...*" (abreviada DA) en edición de 1669<sup>4</sup>. Las primeras ediciones de estas obras aparecieron en 1649 (RM<sup>5</sup>) y 1654 (DA), pero ellas no incluyeron mención alguna de la Quina. Mientras tanto, hay la seguridad de que Bravo hizo referencia al medicamento antes de 1663 en RM pues lo atestigua Bado (quien probablemente vió la 3a. ed. de 1662<sup>6</sup>), y también lo hizo en la edición de 1669 de DA, como lo afirma Guerra. De aquí se deduce que Bravo sólo prestó atención a la Quina después de 1654, por lo que la aparición documental del febrífugo en España se debió dar entre 1654 y 1662. Es de lamentar que, a diferencia de Haggis, Guerra no dé en su estudio las citas literales de Bravo, Caldera y otros autores antiguos y poco conocidos que él trae a colación; la puerta queda así abierta para posteriores reinterpretaciones de tales escritos.

#### LA DEMOLICION DE LA LEYENDA DE LA CONDESA DE CHINCHON

Haggis (1941) fue al parecer quien hizo notar en Europa que el episodio de la Condesa de Chinchón era probablemente sólo una leyenda. Por más que una autoridad como Linneo había dado el nombre Cinchona a la Quina y así había inmortalizado este suceso, y a pesar de que autores de la talla de Clements Markham y Ricardo Palma sumaron detalles de su propia cosecha a la narración badiana, Haggis, basándose en el descubrimiento del diario oficial del Virreinato del Conde de Chinchón y otros documentos, introdujo serias dudas sobre aquella narración y echó por tierra los adornos acomodados posteriormente. Sin embargo, cabe notar que ya en 1882 el historiador peruano Enrique Torres Salamando<sup>7</sup> había puesto de manifiesto ciertas inconsistencias en torno al Conde de Chinchón, como el hecho de que ni su primera esposa, Ana de Osorio, ni su segunda consorte pudieron difundir la Quina en España a su regreso del Perú, como Markham y otros afirmaban, en vista de que la primera nunca fue al Perú pues murió antes del encargo vierreinal de su marido, y la segunda, Francisca Henríquez de Rivera, que fue al Perú y pudo ser la protagonista de la cura, pasó a mejor vida en Cartagena de Indias a inicios de 1641, en una escala del viaje de retorno a España.

#### EL CASO DE LA CARTA DESAPARECIDA

A pesar de ésto, hay un dato que dio el ya nombrado Torres Salamando (nota 7), que los estudiosos europeos modernos han dejado sin comentar. Dijo haber visto en el Archivo Nacional de Lima una carta del Padre General de los Jesuitas alabando al Provincial del Perú porque "*la Excm. Señora Condesa de Chinchón hubiese recuperado la salud por medio de los nuestros ... Del medicamento recibimos una cantidad con el [Padre Procurador] y se proveerá lo conveniente para su aplicación*" (p. 191). Torres no da la fecha de la carta, que no ha vuelto a ser hallada ni en original ni en copia por ningún otro investigador (incluyendo el docto jesuita peruano Vargas Ugarte, que la buscó repetidamente).



RECIBIDO 20 SEP 1993

Es lamentable que sea así pues, de existir, daría una base documental al relato sobre la Condesa en la obra de Bado. Torres, que lo acepta, dice que "No hacía aun un año que el Conde y su noble esposa Doña Francisca Henríquez de Rivera se encontraban en Lima, cuando ésta fue atacada por una fiebre intermitente contra la cual la ciencia no conocía hasta entonces medicamento alguno" (p. 181), repitiendo a continuación su versión del episodio. No dice por qué fija este período para la probable fecha del mismo, pero, como dice que buscó en otros papeles jesuitas del año 1630 más noticias al respecto sin éxito, da a pensar entonces que el mal de la Condesa fue a fines de 1629 o inicios de 1630. Sin embargo, extractos del epistolario peruano conservados en la Casa Generalicia de los jesuitas en Roma no contienen referencia alguna a la enfermedad y cura de la Condesa o a la corteza milagrosa, aunque sí están resúmenes de cartas del Padre General que nombran al Conde, hacen comentarios sobre sus relaciones con los jesuitas en Lima, y hasta hay noticias sobre el Procurador jesuita que vino del Perú (a Sevilla y eventualmente a Roma), Alonso Messía, nombrado para este encargo en 1630, y que debió ser el portador de la buena nueva acerca de la Condesa de haber en realidad sucedido. ¿Cómo algo que mereció un escrito del Padre General pudo no quedar registrado en el archivo matriz de los jesuitas, o, peor aún, escapar al diarista oficial del Virreinato que escrupulosamente recogió los detalles de la vida del Virrey y los sucesos de la corte de mayo de 1629 a noviembre de 1638? ¿Por qué el autor del diario ya mencionado registró repetidas veces que fue el Virrey Conde de Chinchón el afiebrado y que como toda cura recibió sangrías y purgas, si la Quina ya había sido ensayada con tanto éxito en su consorte y en otros enfermos? Estas preguntas, algunas de las cuales fueron hechas por Haggis hace más de cincuenta años, siguen sin contestación a menos que aceptemos que todo este episodio -- incluyendo la carta que supuestamente vio Torres -- no pasa de ser una fábula.

#### PRIMEROS TESTIMONIOS INCUESTIONABLES SOBRE LA QUINA

Es de lamentar que Haggis no haya ofrecido una hipótesis para reemplazar este recuento que consideraba ficticio en vista de sus persuasivos razonamientos. Por añadidura, hay aun más fundamento a sus dudas gracias a que, como él mismo observó, si este episodio escapó al diarista oficial por cualquier causa, es sorprendente que tampoco haya sido recogido en las primeras noticias sobre la Quina que dieron Antonio de la Calancha y Bernabé Cobo, cuyas crónicas fueron escritas en el Perú en los mismos años en que estuvo allí Chinchón. Por su importancia, cito estas fuentes a continuación.

El agustino Fray Antonio de la Calancha en un libro de 1638<sup>8</sup> (con un 'Imprimatur' de 1633, como ya se anotó), dice: "Dase un arbol que llaman 'de calenturas' en tierra de Loxa, con cuyas cortezas, de color de canela, echas polvos dados en bebida el peso de dos reales, quitan las calenturas i tercianas; an echo en Lima efetos milagrosos." Por su parte, el jesuita Padre Bernabé Cobo (1653)<sup>9</sup>, en mejor castellano, escribe en el capítulo "Del Arbol de Calenturas" de su historia: "En los términos de la ciudad de Loja, diócesis de Quito, nace cierta



casta de árboles grandes, que tienen la corteza como de canela, un poco más gruesa, y muy amarga; la cual, molida en polvos, se da a los que tienen calenturas y con sólo este remedio se quitan. Hanse de tomar estos polvos en cantidad del peso de dos reales en vino o cualquiera otro licor poco antes de que dé el frío. Son ya tan conocidos y estimados estos polvos, no sólo en todas las Indias, sino en Europa, que con instancia los envían a pedir de Roma". Como se ve, nada hay en estas citas que haga entrever que la medicina se haya usado en beneficio de la dama más importante del Virreinato.

#### OTRA EXPLICACION Y OTRAS INCONSISTENCIAS

Guerra (1977) sigue mucho del mismo camino abierto por Haggis (1941) pero no se detiene como él en la mera refutación sino que trata de arribar a una explicación alternativa. No obstante, inicia su artículo así *"Three major works have been published in recent years on the history of Cinchona ... [among these is the work by] Haggis (1941) ... still repeating Bado's early account (1663) on how the Peruvian bark was first used in malaria"* (p. 112, nota 2). Guerra con estas palabras no hace justicia a Haggis, puesto que él repitió el relato de Bado no para endosarlo, sino para desmentirlo por primera vez en los anales de la historia de la medicina. Lo que es peor, pasa a atacar a Haggis frontalmente por sus dudas acerca del papel que Guerra atribuye al médico de Chinchón, Juan de Vega, del que Bravo hablaba ya en 1669, como hemos visto. Guerra llega a decir en ácida referencia al trabajo de Haggis (*"Fundamental errors in the early history of Cinchona"*, nota 1) que *"Haggis made a fundamental error by denying that Juan de Vega, physician of the Count of Chinchon, had imported the first cargo of Cinchona into Europe in 1641"* (p. 139, nota 2). Sin embargo, Haggis, citando documentos firmados por Vega en Lima en 1641-1650, creó un escollo documental sobre la fecha del retorno de Vega que Guerra soslaya completamente.

Parecería que, mientras Haggis se esfuerza en disociar a la Quina de los personajes de la corte del Virrey Chinchón, Guerra acepta hacerlo respecto a todos menos en relación al médico Juan de Vega, a quien consagra como introductor de la Quina en España cuando retornó el Conde al fin de su encargo en 1641. Pero Guerra se contradice, pues en otra parte de su artículo recuerda que Bado reprodujo párrafos de una carta del médico español José Villarroel que, en palabras de Guerra *"said unequivocally that Cinchona was tried for the first time in Spain at Alcalá de Henares in 1639 on Miguel de Barreda, the professor of Theology at the University"* (p. 135, nota 2). Al respecto, Haggis había dicho treinta años antes que Guerra: *"If ... it was in 1639 that Dr. Michael de Barreda was cured of fever with Cinchona, it was not with bark brought to Spain by the Count of Chinchón who did not arrive until two years later"* (pp. 581-582, nota 1), objeción que se aplica perfectamente a cualquiera que lo hubiera acompañado trayendo la corteza en 1641. Esto demuestra que aun elementos tan básicos como la identidad del primer portador y la fecha de entrada de la Quina a España siguen causando discordias y contradicciones, lo que debe estimular nuevas investigaciones que permitan una explicación satisfactoria.



#### DESCRIPCIONES DE CINCHONA EN LA EPOCA PRECHINCHONIANA

mercedo Durante una búsqueda en las bibliotecas de Roma de obras tempranas sobre *materia medica* de América me sorprendió descubrir datos útiles pero olvidados (o pasados por alto) en sendos párrafos de dos autores españoles del S. XVI, Juan Fragoso y Nicolás Monardes, el segundo de los cuales por lo menos ha merecido reediciones muy recientes de sus obras. Sin embargo, los estudiosos que se han ocupado de ellas al parecer no se han detenido en los párrafos que cito a continuación.

#### El Texto de Fragoso

En la Biblioteca Angélica de Roma existe el pequeño volumen "*Aromatum, fructum, et simplicium aliquot medicamentorum ex India utraque, et Orientali et Occidentali, in Europam delatorum, quorum iam est usus plurimus, Historia brevis, utilis et iucunda. Conscripta primum Hispania a Joanne Fragoso nunc Latine edita opera ac studio Israelis Spachii Med. D. & Prof. Argentiniensis*", tipogr. Iodocus Martinus, "Argentinae" (Estrasburgo), 1600, que es la edición latina del libro "*Discursos de las cosas Aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India y [sic.] Oriental y sirven al uso de la medicina*". El título de la edición castellana es reproducido sin incluir la mención de las Indias Occidentales así por José Toribio Medina en su monumental *Biblioteca Hispano-Americana* (T. I, p. 366), donde aparecen el impresor, Francisco Sánchez, el lugar, Madrid, y el año de edición, 1572. Medina consigna además de ésta sólo la traducción latina de 1600. La *Enciclopedia Espasa* (T. 24, p. 858, 1958) indica que Fragoso es una autoridad reconocida de la lengua castellana, nacido en Toledo o en Lisboa, y abrevia un poco el título de la edición madrileña de 1572 sin incluir la mención de las Indias Occidentales, y tampoco la incluyen las obras bibliográficas de Nicolás Antonio y de Palau; por tanto, podría haber un error de imprenta en el frontispicio de la edición española, y, si es así, no sería difícil que la obra de Fragoso haya sido y siga siendo pasada por alto en España por quienes se interesen en la historia de los medicamentos del Nuevo Mundo; ésto explicaría quizá el que nadie haya destacado el párrafo analizado a continuación.

La edición latina del libro de Fragoso, médico y cirujano de Felipe II como indica el subtítulo, revela en cambio el pleno ámbito geográfico del libro por la doble referencia a la India Oriental y Occidental; tiene además un índice alfabético de los nombres de las materias minerales, animales y vegetales tratadas que facilita mucho la consulta, y el texto contiene noticias dadas en un estilo terso con el nombre y sinónimos de cada producto, lugar de procedencia e indicaciones para su uso. El pasaje en cuestión es sobre un vegetal identificado como "*Anonymos Arbor*" que dice:

#### TEXTO LATINO (fo. 35d)

"*In Orbe Novo est Arbor quaeda magna, quae folia habet ad figuram cordis, et fructu caret. Duos habet cortices: unu crassiozem, valde solidum, & durum, qui tam substantia, qua colore admodum similis est Guayaco; alius est magis subtilis & subalbidus, atque*



amarus cum aliqua adstrictione, nec non aromaticus. Magni illa faciunt nostri Indi, quia illa usuntur contra quemuis flussum, accipientes pulverem ipsius pondere drachma unius, aut paulò plus, dissoluti in aqua chalibeata, aut vino rubro."

#### TRADUCCION AL CASTELLANO

"En el Nuevo Mundo hay un Arbol un tanto grande, que tiene hoja en figura de corazón, y carece de fruto. Tiene dos cortezas: una más gruesa, muy sólida, & dura, que tanto en sustancia como en color se asemeja a la del Guayacán; la otra es muy sutil y blancuzca, y amarga con alguna astricción, aunque no aromática. Grandes cosas hacen con ella nuestros Indios, que la usan contra cualquier flujo, tomando polvos de ella en el peso de un real, o un poco más, disuelto en agua caliente, o vino rojo."

#### El Pasaje de Nicolás Monardes

Otro de los primeros y más difundidos autores españoles de obras sobre fármacos exóticos fue el médico sevillano Nicolás Monardes, contemporáneo de Juan Fragoso pero que lo superó en fortuna literaria a juzgar por la amplísima difusión que alcanzaron sus libros dentro y fuera de España. Estos consisten de tres obras progresivamente más extensas, de las cuales la última, intitulada "Primera y segunda y tercera partes de la historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina..." de 1574 (A. Escribano. Sevilla), consultada en la Biblioteca Nazionale Centrale Vittorio Emmanuele de Roma, incluye el párrafo siguiente, como un apartado sin título que sigue al capítulo "De la çarçaparrilla de Guayaquil":

(fo. 91d - 92s)

"Del Nuevo Reinc traen una corteza, que dize[n] ser de un arbol, que es de mucha grandeza, el cual dizen, que lleva unas hojas de forma de coraçon, y que no lleva fruto. Este arbol tiene una corteza gruessa muy solida y dura, que en esto y en el color paresce mucho a la corteza del palo que llaman Guayacan: en la superficie tiene una pellicula delgada blanquisca, quebrada por toda ella: tiene la corteza mas de un dedo de grueso, solida y pesada, la cual gustada tiene notable amargor, como el de la Genciana: tiene en el gusto notable astriction, con alguna aromaticidad, porque al fin del mascarla respira della buen olor. Tiene[n] los indios la corteza en mucho, y usan de ella en todo genero de camaras, que sean con sangre o sin ella. Los Españoles, fatigados de aquesta enfermedad, por aviso de los Indios han usado de aquesta corteza y han sanado muchos de ellos con ella. Toman della tanto como una haya pequeña hecha polvos, tomanse en vino tinto, o en agua apropiada, como tienen la calentura o mal ... Yo uve un pedazo de la corteza aura dos o tres dias, la cual experimentare con las cossas de mas, y daremos noticia de todo en la



tercera parte, que Dios queriendo escribiremos desta misma materia ..."

#### IDENTIDAD BOTANICA DE LAS SUSTANCIAS DESCRITAS POR FRAGOSO Y MONARDES

La Parte II del tratado de Monardes, en la que aparece esta cita, se publicó por primera vez en 1571, o sea un año antes que la primera edición de la obra de Fragoso. Pero sin entrar a debatir quién copió a quién, es obvio que ambos autores se ocuparon de un mismo producto vegetal, y que sus descripciones se pueden confrontar con las del "Arbol de las Calenturas" descrito cuando ya corría el siguiente siglo por Calancha y Cobo. Tal comparación muestra que, no obstante el paso del tiempo, las materias medicinales que describen los cuatro autores se parecen no sólo en proceder de la corteza de un árbol del Nuevo Mundo, sino en el sabor amargo y en el modo de preparar, dosificar y administrar el medicamento derivado de ella. Sin embargo, podemos estar seguros de que, a pesar de este parecido, Calancha y Cobo, por nombrar su árbol asociándolo con su acción antifebril, no copiaron a sus predecesores.

¿Existen más pruebas que sugieran la existencia de una misma entidad vegetal detrás de estas descripciones? Fragoso da el nombre de "*Anonymos Arbor*" al vegetal que provee la corteza, mientras Monardes lo deja sin nombrar del todo. Esto es explicable por la poca familiaridad que en el S. XVI se debía tener en Europa respecto a los productos americanos. En cuanto al lugar de procedencia, Fragoso dice que el árbol crece "en el Nuevo Mundo" probablemente por lo mismo, mientras Monardes con más precisión puntualiza que se da "en el Nuevo Reino" (provincia que comprendía los actuales territorios de Colombia y el Ecuador). Fragoso prescribe la corteza para "*cualquier flujo*", mientras Monardes indica que sirve para curar a enfermos de "*cámaras*" (diarrea o disentería) y que los dolientes la toman "*como tienen la calentura o mal*", reflejando quizá una aplicación laxa del fármaco que así resultaría indicado para casos de 'flujo', diarrea, disentería, calentura o 'mal'. Se puede entonces tachar a estas dos descripciones de vaguedad, pero no se puede decir que contradigan la hipótesis de que se refieren a la Quina. Lamentablemente, Monardes no cumplió su promesa de dedicar a la corteza más atención en la Parte III de su obra, como había ofrecido hacer en la cita aquí transcrita (el lector interesado puede consultar al respecto cualquier edición moderna de su obra), y así no dió más detalles que los ya citados.

Fragoso da para su fármaco varios rasgos distintivos: es una corteza blanca, amarga y no aromática que proviene de un árbol de hojas acorazonadas que carece de fruto. Monardes coincide en dar casi los mismos detalles (aunque dice que su corteza tiene un dejo fragante). Los textos de Calancha y Cobo se ocupan más de la corteza que de la planta que la produce. Así es menester recurrir a otras comparaciones para saber si aquellos rasgos se aplican a la Quina y no a otra planta medicinal. El riesgo de equivocación a todas luces más frecuente, al que Haggis y Guerra dedican particular atención por su impacto posterior en la claridad del registro histórico, es la confusión secular entre la Quina (género *Cinchona*) y el bálsamo americano o Quina Quina (género *Myroxylon*). Pero es obvio que Fragoso y Monardes no la



sufrieron pues tratan bajo secciones separadas las sustancias medicinales que llevarían a error. Así Fragoso describe "Balsami indici" [fo. 94s], mientras Monardes habla "Del Balsamo" [un capítulo en la I Pte.], "Balsamo de Tolu" y "Fruto del Balsamo" [fo. 121d y ss. en la II Pte.]; esta disposición de los textos en cuestión demuestra que tales plantas eran tratadas por separado del misterioso árbol cortífero.

La referencia más importante que ambos autores hacen es la falta de frutos de este árbol, carácter negativo que podría parecer a primera vista útil sólo porque permite distinguir al nuevo árbol cortífero de los bálsamos americanos cuyas semillas portadas en frutos bien visibles eran conocidas como "pepitas de quina". Pero cabe notar que uno de los informantes de Sebastiano Bado que al parecer tenía experiencia en cosas americanas le aseguró que la febrífuga "Corteza Peruana" provenía de árboles "sin frutos ni semillas". Aunque los colegas de Bado en Roma insistían en que dicha corteza provenía del mismo árbol que daba resina y "pepitas de quina" (confundiéndolo con Myroxylon), Bado --distanciándose de estos últimos-- llegó a opinar que, mientras la higuera fue maldita por Jesucristo con la esterilidad, el árbol de la corteza febrífuga, aun careciendo de frutos y semillas como decían los que lo habían visto, no sufría menoscabo en su fecundidad y antes era bendito por la virtud curativa de su corteza<sup>10</sup>. Esto demuestra que Bado recogía un parecer idéntico al que consignaron Fragoso y Monardes casi cien años antes: que la corteza provenía de un árbol al que se atribuía carencia de frutos (y semillas). Así se comprueba que semejante defecto, lejos de provenir de un descuido o de una afirmación gratuita, constituye un argumento sugestivo a favor de la identificación del fármaco descrito por Fragoso y Monardes con el mismo al que se refería Bollo, es decir con la Quina.

Esta interpretación se refuerza al considerar que tanto Fragoso como Monardes anotan otro aspecto botánico que sólo los que habían visto la Quina viva podían saber: la forma de las hojas, que en Cinchona son simples y más o menos cordiformes (en Myroxylon son compuestas, con folículos ovales). Estos pormenores están bien ilustrados en la iconografía que acompaña el artículo de Haggis (nota 3). También cabe acudir al testimonio de primera mano del explorador francés La Condamine, primer europeo que estudió botánicamente la planta *in situ* en 1737<sup>11</sup>. Los grabados publicados por él confirman la silueta cordiforme de las hojas, pero, además, en su memoria sobre su visita al habitat de la Quina en Loja, este sabio consigna la dificultad que experimentó en hallar árboles con semillas con estas palabras "*Il est fort difficile de saisir ces semences sur l'arbre même dans une parfaite maturité, en mûrissant elles se séchent, & l'agitation du vent les fait tomber; en sorte qu'on ne trouve jamais sur la branche, que le fruit noûe, main encore vert aussi-tôt après la chute de la fleur, ou des capsules sèches & vuides. On peut aisément reconnoître par cette description, combien ont été mal informés les premiers Auteurs qui ont écrit sur le Quinquina, & en particulier Sebastien Badus Médecin Génois, dans son Traité intitulé 'Anastasis Corticis Peruviani seu Chinæ Chinæ defensio'.*" (p. 232, nota 11). Y para mayor abundamiento, Guerra mismo atribuye a Miguel de Heredia, otro médico español, ser el autor de un apéndice de un tratado de



medicina (publicado en 1673) diciendo "[Heredia] describes *Cinchona* as the bark of a large fruitless tree growing in the province of Quito ..." (p. 117, nota 2), lo que demuestra que la falta de fruto siguió siendo citada después de Bado. Si se hubiera dado más atención a estas frases, quizá se hubieran buscado antecedentes sobre este insólito rasgo botánico, y la pista podría haberse remontado hasta llegar a autores que, casi cien años antes que Bado, ya habían hablado de una planta americana de iguales características, es decir, de la Quina.

La primacía de Fragoso y Monardes en describir la Quina en el S. XVI aclararía el siguiente rompecabezas histórico que Haggis recuerda sólo como un malentendido: dice que Gideon Harvey aseguraba en 1683 que el febrífugo llamado en Inglaterra "Jesuit's Powder" -- la Quina -- tenía virtudes ya conocidas en Europa un siglo atrás; pero Haggis cree que esta afirmación, que "*has wetted the appetite of almost every research student upon Cinchona, but hitherto without result*" (nota 3, p. 452), se debe atribuir a que Harvey probablemente fue presa de la habitual confusión entre la Quina y el bálsamo americano, del cual diversas partes eran importadas a Europa desde el S. XVI como un "cúralotodo". Pero semejante explicación no se puede extender a Fragoso y Monardes, quienes, al afirmar que su árbol de hojas acorazonadas y corteza medicinal carecía de frutos, y al tratar por separado las entidades botánicas que autores posteriores confundieron, parecen haber tenido en mente un árbol cortífero distinto casi exactamente un siglo antes de Harvey.

Al parecer Fragoso y Monardes pensaron que este árbol era lo bastante importante para incluirlo en sus respectivos escritos, pero sin nombrarlo para evitar equívocos. La misma prudencia no caracterizó a autores posteriores, sin embargo, quienes oficiaron varios intentos de bautizo, dando lugar a los interminables enredos que comentan Haggis y Guerra, y que culminaron en que a *Cinchona* le fueran asignados nombres como "China China" (en italiano), "Quinquina" (en francés) y "Quina" (en castellano), todos derivados del apelativo "Quina Quina" con que originalmente se conocían en el comercio los productos extraídos de *Myroxylon*. En la Región Andina se ha usado y usa todavía el nombre mucho menos confuso de "Cascarilla". Cabe recordar en este punto que Guerra se hace eco de la opinión de Caldera<sup>12</sup> al respecto de que, en España, "*Cinchona did not seem to have been used before 1625, because Monardes ... never mention[s] it*" (p. 116; nota 2). Hemos visto que Monardes probablemente sí mentó (pero sin dar nombre) al árbol que se llamó *Cinchona* más tarde; concluir que la Quina era desconocida en España porque Monardes no la quizo nombrar a pesar de que sin embargo la describió parece un *non sequitur* después de lo dicho aquí; también conviene decir que el testimonio de Monardes, que murió en 1588, tiene validez sólo hasta esa fecha, y que otras obras afines aparecidas en España unos años después deben ser cuidadosamente examinadas para hallar nuevos indicios.

#### CONCLUSION

Lo antedicho sugiere que Juan Fragoso y Nicolás Monardes se adelantaron más de medio siglo a Fray Antonio de la Calancha, citado modernamente como el primer autor en referirse a la Quina. El meollo de la cuestión reside en la descripción



que los primeros hicieron de un árbol que parecía no tener fruto, caracterizado por tener hojas acorazonadas, que daba una corteza medicinal blancuzca y amarga, la cual, molida en polvo y disuelta en bebida en el peso de un real o un poco más (o en el volumen de una haba), tenía grandes poderes curativos. A esto habría que añadir que la corteza no era aromática (Fragoso) o que lo era poco (Monardes), que provenía de la Nueva Granada (Monardes) y que -- al menos algunas veces -- se usaba para enfermos afectados de calentura (Monardes). No creo que se pueda describir mejor la Quina; faltaba sólo darle un nombre y poner énfasis en su acción antifebril.

En vista del descrédito de la leyenda de Chinchón debido al aporte de Haggis, y gracias al temprano interés de estos dos médicos españoles en los fármacos americanos, hay base para afirmar que la Quina fue probablemente conocida como *materia medica* desde mucho antes de su supuesto "descubrimiento" en la primera mitad del S. XVII. Este conocimiento seguramente tuvo origen en los indígenas, quienes -- según las palabras de Fragoso y Monardes -- usaban la corteza con ventaja y la compartieron enseguida con los españoles. De acuerdo con esta interpretación, luego del contacto, éstos la habrían enviado a la metrópoli junto con otras novedades medicinales del Nuevo Mundo, aunque un tanto esporádica y descuidadamente. Habría sido entonces cuando la corteza pudo atraer la atención de Fragoso y Monardes aunque ellos no pudieran atestiguar a ciencia cierta otra cosa que su apariencia física, y así debieron aceptar de oídas datos algo imprecisos sobre caracteres botánicos de la fuente y los efectos curativos del fármaco mismo.

Más concretamente, y tomando en cuenta el rol indiscutible de los jesuitas de Lima y Roma como difusores de la Quina (v. Vargas Ugarte<sup>13</sup> <sup>14</sup>; Canezza<sup>15</sup>; Rompel<sup>16</sup>), se puede plantear la posibilidad que, en la segunda mitad del S. XVI, al llegar a los Andes ~~lojanos~~ estos religiosos, se interesaran en la Quina que era considerada por los indios como una especie de panacea, y eventualmente notaran su potente propiedad antimalárica probada en los enfermos de Lima. Se decidirían a darla a conocer en Europa ya entrado el siguiente siglo, provocando entonces su redescubrimiento como un febrífugo específico. Guerra (op. cit.) también realza la intervención de los jesuitas para refinar el conocimiento indígena preexistente. A pesar de esto, Guerra da poco énfasis al aporte de los indígenas (para quienes, según él, la Quina era probablemente sólo un tónico contra el frío); pero lo que más llama la atención es que, luego de expresar estas opiniones, en lugar de atribuir también a los jesuitas la introducción del fármaco en Europa, Guerra la adjudica a un asociado del Conde de Chinchón, como ya hemos discutido.

El relato badiano sobre la Condesa de Chinchón, que admitieron Linneo, La Condamine, Markham y casi todos los autores posteriores (contra el criterio de Joseph de Jussieu y Alejandro de Humboldt) ha sido tan convincente que ni el trabajo de Haggis lo ha logrado desvirtuar del todo, y, lo que es peor, con los siglos se ha ido convirtiendo en el sustento de adornos donde se confunden los vuelos de la fantasía con el frío registro de hechos históricos. Un ejemplo patente de esto es el artículo sobre la Quina de la Enciclopedia Espasa (T. 48, p. 1301; 1958),



que no sólo reproduce este episodio como cierto sino que nombra a 'Ana de Osorio' como la Condesa protagonista, repitiendo el grave error de Markham. Pero el relato de la Condesa (sin su nombre de pila en el relato de Bado) sirvió al menos para que el remedio fuera aceptado en Europa. Irónicamente, Bado aportó con su novelesco relato el nombre botánico con que Linneo bautizó el "Arbol sin Nombre": Cinchona, pero, como he argüido recientemente<sup>17</sup>, la leyenda, que eclipsó detrás de su "final feliz" testimonios como los de Fragoso y Monardes, sólo habría sido una especie de campaña publicitaria. Gracias a ella el mundo europeo aprovechó el arcano conocimiento indígena. Si admitimos tal explicación, este episodio podría considerarse como una muestra de reinterpretación europea de la realidad americana, una realidad que desde estos tímidos inicios iba a cambiar no sólo la medicina, sino toda la cosmovisión de Occidente.

#### AGRADECIMIENTOS

Quiero consignar mis gracias a los Profesores G. B. Marini-Bettòlo y Corrado Galeffi en Roma, y Plutarco Naranjo y Eduardo Estrella en Quito, por el estímulo que su interés y conocimiento acerca de este tema me infundieron para llevar a cabo este estudio. Los bibliotecarios del Istituto Italo-Latinoamericano (IILA), Biblioteca Nazionale Centrale Vittorio Emmanuelle, Biblioteca Angelica, Biblioteca dell'Istituto di Storia della Medicina de la Universidad "La Sapienza" y Biblioteca del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús de Roma me brindaron su ayuda en localizar referencias útiles; quiero resaltar en especial la ayuda de Teresa Imparato, Rossana Mosera y en lugar destacado la del P. Hugo Storni, S. J. por su apoyo en esta tarea. Agradezco también a Gina Di Bucci, Doris Andrews, Tatiana Seghi y a otros colegas del IILA por su valiosa colaboración y amistad.



## NOTAS

1. Haggis, A. W. 1941. **Fundamental errors in the early history of Cinchona**. Pts. I y II. Bull. Hist. Medicine 10: 417-459, 560-592.
2. Guerra, Francisco. 1977. **The introduction of Cinchona in the treatment of malaria**. Pts. I y II. Journal of Tropical Medicine and Hygiene 80: 112-118, 135-140.
3. Bado, Sebastiano. 1663. **Anastasis corticis Peruviae, seu Chinae Chinae defensio**. P. Calenzani. Génova. La sección lleva por título "*Recensio eorum, qui scripsere de Cortice*", p. 12.
4. Bravo, Gaspar. 1669. **Disputatio apologetica pro Dogmatica Medicina Prestantia**. P. Chevalier. Leiden.
5. Bravo, Gaspar. 1649. **Resolutionem et consultationem medicarum circa universam totius philosophicae doctrina**. A. Vázquez, Valladolid. (Los trabajos bibliográficos no listan una edición más temprana).
6. Bravo, Gaspar. 1662. **Resolutionem medicarum circa universam totius Philosophiae Doctrinam**. T. Borde. Leiden. 3d.Ed. (Nicolas Antonio en su monumental 'Bibliotheca Hispaniae Nova', observa como un rasgo valioso de esta edición el que se conforma de seis partes, de las cuales la tercera se titula "*Februm Theoriae ac curationis*").
7. Torres Salamando, Enrique. 1882. **Los Antiguos Jesuitas del Perú. Biografías y Apuntes para su Historia**. Impr. Liberal, Lima.
8. De la Calancha, Antonio. 1638. **Coronica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú**. Pedro Lacavalleria. Barcelona.
9. Cobo, Bernabé. 1964. **Historia del Nuevo Mundo**. Ed. por F. Mateos para la Bibl. Autores Españoles. Atlas. Madrid. El prólogo autógrafo del MS original está firmado en Lima a 7 jul. 1653.
10. V. Bado 1663 (ref. en nota 5), p. 17: "*Hanc tamen fructuum inopiam supplet uis illa, quam habet in cortice, undè tot prodeunt sanitates; dixeris planè natam esse, ad sanitatem gentium. Ficus quondam illa in Iudaea, maledictionem Christi meruit, quia sterilis, & infoecunda fuit. Arbor nostra divinam possidet benedictionem, tam ferax est in sanandis hominibus, & fecundissima*".
11. La Condamine, Charles Marie de. 1738. **Sur l'Arbre du Quinquina**. Memoires de l'Académie Royale des Sciences, París, 1738: 226-243.
12. Caldera, G. 1663. **Tribunalis Medici Illustrationes et Observationes Practicae**. J. Meurcium. Antwerp.



13. Vargas Ugarte, Rubén. 1954. **Historia del Perú. Virreinato (Siglo XVIII)**. Imprenta López, Buenos Aires. Pp. 252-259..
14. Vargas Ugarte, Rubén. 1963. **Historia de la Compañía de Jesús en el Perú**. T. II. (1621-1699). Impr. de Aldecoa, Burgos. Pp. 29-33.
15. Canezza, A. 1925. **Pulvis Jesuiticus**. Fedes Romana, Roma.
16. Rompel, Josef. 1931. **Kardinal de Lugo als Mäzen der Chinarinde. Aus dem Leben des Kardinals**. Pp. 416-452, in: 75 Jahre Stella Matutina. Festschrift Bd. I. L. Sausgruber. Feldkirch.
17. Ortiz Crespo, Fernando. 1993. **Realtà e mito nella scoperta e diffusione della Corteccia di China**. Pubbl. Accad. Naz. Scienze Italia. En prensa.